

Annuario Sancti Iacobi, 12 (2026), pp. 501-508.
e-ISSN: 3101-5816

José María Díaz Fernández, generoso erudito y poeta ecfrástico

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ, GENEROUS
SCHOLAR AND EKPHRASTIC POET

DARÍO VILLANUEVA PRIETO
Universidade de Santiago de Compostela
Exdirector de la Real Academia Española

José María Díaz Fernández, generoso erudito y poeta ecfrástico

Darío Villanueva Prieto

Universidad de Santiago de Compostela

Exdirector de la Real Academia Española

Recibido: 03/01/2026

RESUMEN: A José María Díaz Fernández, archivero, bibliotecario y deán de la Catedral de Santiago de Compostela, se debe el hallazgo de un manuscrito inédito de Francisco de Quevedo titulado abreviadamente *Execración contra los judíos*, que por su generosidad correspondió editar a dos especialistas de la Universidad compostelana. Díaz Fernández fue poeta en tres lenguas, castellano, gallego y latín, y autor de un libro de poemas ecfrásticos titulado *Ante el Pórtico de la Gloria*. Su temática incluye la peregrinación y un profundo sentimiento religioso, y en los poemas se enlazan brillantemente escultura, poesía y música.

Palabras clave: ecfrasis, *Iluminación recíproca de las artes*, Lessing, peregrinación, Pórtico de la Gloria, Quevedo

Códigos UNESCO: Crítica de textos (6202.01), Análisis literario (6202.02), Retórica (6202.05)

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ, GENEROUS SCHOLAR AND EKPHRASTIC POET

ABSTRACT: José María Díaz Fernández, archivist, librarian, and dean of the Cathedral of Santiago de Compostela, is responsible for the discovery of an unpublished manuscript by Francisco de Quevedo entitled, in short, *Execration Against the Jews*. Thanks to his generosity, two specialists from the University of Santiago de Compostela undertook its publication. Díaz Fernández was a poet in three languages: Castilian, Galician, and Latin,

and the author of a book of ekphrastic poems entitled *Before the Portico of Glory*. His themes include pilgrimage and a profound religious sentiment, and the poems brilliantly intertwine sculpture, poetry, and music

Keywords: ekphrasis, Lessing, pilgrimage, Pórtico de la Gloria, Quevedo, *Reciprocal illumination of the Arts*

Todavía no se puede dar por cerrada la empresa titánica de contar con unas auténticas obras completas de uno de los escritores máximos de nuestra literatura áurea, Francisco de Quevedo y Villegas, que con tanto empeño bregó, y finalmente consiguió en 1618 ser caballero de la Orden de Santiago. Inquietaba a Jorge Luis Borges el enigma de “la extraña gloria parcial que le ha tocado en suerte a Quevedo” cuya ausencia “en los censos de hombres universales” le parecía “una extravagante omisión”.

Aparte de otras razones estrictamente literarias aducidas por el poeta argentino, quizá haya influido en su preterición el reconocido desinterés que Quevedo mostró siempre por la transformación de sus escritos en libros, y su dejadez hacia los trámites necesarios para su óptima circulación dentro y fuera de España. Pareciera como si para él la escritura fuese una actividad personal inexcusable, destinada al disfrute de los “*happy few*” que contaban en su entorno, para bien o para mal. Digo, para gozar del ingenio de su amigo, escritor eminente, o para sufrir a su costa viéndose zaheridos por su pluma.

Quizá resida también en ello esa dificultad recapituladora, conservadora y organizadora de sus obras completas a las que acabo de referirme, que, sin embargo, sigue dejando un campo fascinante de investigación para nosotros los filólogos.

Hace ya más de treinta años atrás de cuando escribo estas páginas en homenaje a don José María Díaz Fernández, canónigo archivero-bibliotecario y deán que fue de la Catedral de Santiago de Compostela, constituyó todo un hito el hallazgo y la publicación de un inédito quevediano cuyo manuscrito aparecía encabezado por un prolijo título: *Execración por la fe católica contra la blasfemia obstinación de los judíos que hablan portugués y en Madrid fijaron los carteles sacrílegos y heréticos, aconsejando el remedio que ataje lo que, sucedido en este mundo, con todos los tormentos aun no se puede empezar a castigar*.

Desde su primera edición, a cargo de dos jóvenes quevedistas de la Universidad de Santiago de Compostela, Fernando Cabo Aseguinolaza y Santiago Fernández Mosquera, aparecida en la colección “Páginas de Filología” dirigida

por mi inolvidable maestro y amigo Francisco Rico (Editorial Crítica, Barcelona, 1993), la obra pasaría a ser conocida y citada, abreviadamente, como *Execración contra los judíos*, al tiempo que sería considerada como uno de los textos más manifiestos del antisemitismo de su autor.

Pues bien, desde hacía años disfrutaba ya de la cordial amistad, de mindoniense a vilalbés, de don José María, pero con motivo del regalo que representó la aparición del inédito del Señor de la Torre de Juan Abad fui beneficiario de su generosidad sin límites. Nunca olvidaré el día en que me presentó lo que era un hallazgo suyo en la Biblioteca del Real Consulado de A Coruña, que permitía recuperar para la historia de la Literatura española un texto perdido del que se tenía noticia por la *Vida de Quevedo* de Pablo de Tarsia, donde se menciona “un tratado contra los ludíos, quando en esta Corte pusieron los títulos, que dezían: Viua la ley de Moysés, y muera la de Christo”. En el propio siglo XVII también dará noticia de este escrito perdido Nicolás Antonio, y así acabará recogido en el catálogo de Aureliano Fernández Guerra, primer editor moderno de Quevedo, y referenciado asimismo en 1932 por Luis Astrana Marín.

Don José María, sabiendo de mis veleidades quevedescas que enseguida se plasmarían en mi libro *La poética de la lectura en Quevedo*, publicado por la Universidad de Manchester en 1995, me entregó copia del manuscrito de la *Execración* para que hiciera con él lo que me pareciese más oportuno, que no fue otra cosa que encomendar a los dos mencionados exalumnos míos, compañeros ya como profesores del departamento universitario compostelano, que hicieran la correspondiente edición acogida con entusiasmo por Francisco Rico.

Tuve entonces noticia, también, de que don José María Díaz Fernández era poeta trilingüe –castellano, gallego y latín– desde sus primeros estudios en el seminario de Mondoñedo, luego continuados en el Colegio español de Roma. Pero hasta 2017 no supe de su actividad creativa como autor de poemas efrásticos.

A partir de Dionisio de Halicarnaso, en las retóricas clásicas la écfrasis es una figura equiparada a la hipotiposis y entendida como una descripción vívida e intensa que persigue evidenciar casi visualmente una realidad que se representa y materializa así mediante palabras en el discurso. Tal planteamiento sugiere inmediatamente el reconocimiento de una cierta inferioridad por parte de la literatura frente a las artes plásticas, por ser sus imágenes –los signos verbales que le son propios– de índole artificial o convencional frente a la, al menos aparente, “naturalidad” de los iconos con que un pintor o un escultor describe la realidad natural.

Con el siglo XVIII, sin embargo, este significado experimentó una notable restricción, y écfrasis pasó a designar la descripción literaria de una pieza artística de naturaleza plástica, ya sea escultórica, arquitectónica, un dibujo, un grabado

o, principalmente, una pintura. Esto es, como apunta James A. W. Hefferman, la representación verbal de la representación visual.

En el ámbito anglosajón, destacan el poema ecfrástico de John Keats “Ode on a Grecian Urn” comentado por Leo Spitzer, o las “Pictures from Brueghel” de William Carlos Williams, y entre las aportaciones en español a este género mencionaré, por ejemplo, “Botines con lazos, de Vincent Van Gogh” de la escritora argentina Olga Orozco.

Para que cuajara aquella restricción del significado de écfrasis influyeron las ediciones modernas de los *Eikones* o “Imágenes” que Filóstrato de Lemos escribió en el Siglo III d. de Cristo, descripciones de pinturas hechas a partir de la existencia supuesta de bases imaginarias comunes para las labores creativas tanto plástica como poética.

A este respecto, fue fundamental la aportación del neoclásico alemán Gotthold Ephraim Lessing con su *Laoconte o Sobre las fronteras de la poesía y la pintura* publicado en Berlín en 1766. Lessing intenta corregir el “abuso interpretativo” –por decirlo en la feliz acuñación de Antonio García Berrio y Teresa Hernández Fernández– que hizo de unos versos de la poética horaciana – el verso 361 y siguientes: *ut pictura poesis: erit quae, si propius stes / te capiet magis et quaedam, si longius abstes*– una proclama a favor de la sumisión de la poesía a la pintura, llevada a su punto extremo en la obra del conde Caylus titulada *Tableaux tirés de l’Iliade, l’Odysée d’Homère et de l’Eneide de Virgile* (1757), donde se propugna la excelencia tan solo de aquellos poemas que sean capaces de inspirar figuras y motivos a los artistas plásticos.

Lessing adopta, por el contrario, una actitud equiparable a lo que denominamos actualmente en Teoría de la Literatura “Estética de la recepción”, pues reconoce la similitud de efectos que una obra de pintura o escultura y una pieza literaria pueden producir en un “hombre de gusto refinado”, pero defiende la absoluta autonomía de los medios con que cada uno de estos órdenes artísticos lo consiguen. La pintura y la escultura poseen una marcada dimensión estática, pues trabajan con figuras y colores distribuidos en el espacio, y los signos de que se sirven son “naturales” –iconos, en términos semióticos–, mientras que la literatura es el arte de los sonidos articulados que van sucediéndose en el tiempo y se agrupan para formar las palabras; es decir, signos arbitrarios y convencionales. Para ella, para la literatura, es fácil representar acciones, mientras que los pintores tan solo alcanzan a lograrlo pálidamente a través de lo que es el objeto natural de su representación: los cuerpos.

Retomando una polémica protagonizada por Johann Joachim Winckelmann en torno al grupo escultórico alejandrino, atribuido a Hagesandro, Polidoro y Atendoro, que representa al sacerdote troyano Laocoonte en trance de sucumbir junto a sus hijos ahogado por dos monstruosas serpientes enviadas

por la diosa Minerva, y teniendo en cuenta su relación con el fragmento del segundo canto de la *Eneida* de Virgilio que describe tan terrible escena, Lessing defiende la autonomía estética con que los escultores trasladaron la escena virgiliana a la piedra. Nada le repugna más que la confusión entre ambas artes, que la poesía incurra en la “manía descriptiva” y la pintura en “el prurito de la alegoría”. Que se quiera forzar el monstruo de “una pintura parlante” y “una poesía muda”. Y en lo que se refiere ya en concreto a la écfrasis, Michel Riffaterre habla de una mimesis doble en cuanto que “el texto ecrástico representa con palabras una representación plástica”.

La inspiración que lleva al don José María poeta a escribir el libro que me presentó en 2017 y, después de leerlo, con sumo gusto me dispuse a prologar, es patente desde su propio título: *Ante el Pórtico de la Gloria*. Y lo hacía en un momento decisivo, cuando la Fundación Barrié estaba comprometida en el ambicioso proyecto de “Conservación preventiva y restauración del Pórtico de la Gloria” recuperando lo que quedaba de su policromía, tarea brillantemente rematada precisamente en 2018. Hay, aquí, un poema que se refiere a ello. El autor se pregunta:

¿Volverá a estallar el colorido
Con que resplandeció la piedra en los comienzos?
Y se responde a sí mismo con esperanza:
Y los cansados ojos ya adivinan
El polícromo asombro.

507

Son motivos ecrásticos en este poemario los componentes del pórtico—calificado bellamente como “portento aprisionado”—, que muchas veces dan título a los poemas: “El Cristo acogedor”, “Alfa”, “Omega”, “Las cartelas borradas”, “Moisés”, “Petrus”, “Daniel”, “Juan Evangelista”, “Los Zebedeos”, “Pablo”, por caso.

Pero el obrador del poeta está bien provisto de herramientas retóricas, siempre pertinentes y expresivas. Especialmente acertada es otra constante que nos remite, desde las páginas de este libro claro y denso, a lo que Oskar Walsel denominó, en una sonada conferencia de 1917, la “iluminación recíproca de las Artes” —*wechselseitige erhellung der Künste*—. Y para ello, para enlazar escultura, poesía y música, Díaz Fernández recurre a la sinestesia. Por dos veces, en los poemas “Plenitud” y “Daniel”, se hace uso de una misma imagen —*La geometría helada/ de largos pentagramas/ se quiebra en redondeces musicales/ que desmienten el tiempo*— y en otra de las piezas, “Las trompetas que llaman”, evoca con precisión la sonoridad no solo de las palabras, sino también de la piedra, cuando los ojos del poeta

Ansían descifrar
El poema sonoro
Que las piedras exhalan.

No podían faltar, entre los versos escritos por quien fue deán de la Catedral compostelana, la temática peregrina y el profundo sentimiento religioso. En el poema titulado “Estupor”, el autor se hace peregrino que cruza el umbral dibujado por el pórtico de la Gloria

Para escuchar la música callada
Del nuevo Cántico
Que del todo me invada y me posea.

Asimismo, el colofón se titula “¡Creo!, en el que el poeta, José María Díaz Fernández, se suma *a la fila interminable/ de los millones que hasta aquí llegaron*, y después de posar *sobre el mármol mi mano temblorosa*, penetra en el templo *con la fe y el amor engrandecidos*.